

"CARAS Y CARETAS" EN EUROPA

Un reportaje al escritor José Nakens

Ya conocéis su historia. Es una historia triste cuya melancolía nada tiene que ver con la plaza de toros. Por eso no extrañéis si en Madrid muy pocos la recuerdan. En esta ciudad de sol y de mantillas, en donde los toreros, el canto y la guitarra triunfan sobre las penas, nadie piensa en llorar. Nadie piensa en historias de miseria, de lágrimas, de soledad, de angustias. Por otra parte, el vocabulario de las «malas palabras» se ha enriquecido con el nombre de Nakens. Decir José Nakens es ofender al rey. «Está prohibido».

Es hacer algo malo. Es menoscabar el honor de las testas augustas... Si acaso preguntáis alguna vez por el periodista belicoso que escondió en sus brazos á Morrals, tened por bien seguro que la policía os seguirá como á un dinamitero. ¡Ya veís!... En tal terreno resulta poco menos que imposible lograr una entrevista con el reo.

¿Cómo llegar hasta él? ¿Cómo conseguir lo que ningún periódico español, italiano ó francés ha podido obtener?... Vale más silenciar la arriesgada aventura. Vale más llevaros de la mano ante Nakens, — salvando con la imaginación todo tropiezo, — y haceros escuchar, sencillamente, las frases dolorosas del viejo periodista que se muere en la cárcel... ¡Pobre Nakens! En presencia de su blanca, de su venerable ancianidad, he sentido el dolor más grave de mi vida. Yo no quiero saber si es un culpable. Yo no quiero saber si al

ocultar al salvaje asesino que arrojó la bomba criminal sobre Alfonso y su dama, no supo lo que hacía. ¿Qué importa eso al corazón y á la literatura? Lo que emociona, lo que duele, lo que llena de lágrimas los ojos, es hallarse en presencia de este viejo periodista, de este hermano que ha gastado su médula y su fósforo, sobre las cuartillas de la imprenta, y que hoy, después de luchar con inocencia, se ve encerrado en una celda oscura. En una oscura celda á donde ni su hija puede entrar... Si queréis saber lo que este anciano piensa, no tenéis más que oírle. Habla:

— «Se me cree un delincuente vulgar. ¡Qué me he burlado de las cosas santas! ¡Qué he fustigado sin piedad á los jefes republicanos á pretexto de que no se concer-



Ultimo retrato del periodista José Nakens, preso en la cárcel de Madrid por encubridor del anarquista Morrals



Nakens, número 16254 de la cárcel de Madrid



El famoso periodista revolucionario, en la puerta de su celda, con el director de la cárcel



Nakens entrevistado por nuestro enviado especial señor Soiza Reilly

taban para derribar la monarquía!... Se me cree dueño de pésimas entrañas. Se supone que las horas de mi vida las he empleado en fabricar bombas de dinamita... ¡Qué error! Mala fué la herencia que vamos hoy despreciando... Al ocultar á Morrals no he hecho nada más que salvar mi vejez, mi conciencia, mi dignidad, mi honor... Yo no conocía á Morrals. El 31 de mayo, — un año hará mañana, — presentéme en la redacción de «El Motín», donde yo estaba. Y todo tembloroso

y agitado díjome: «¿Me da usted su palabra de honor de callar lo que voy á confesarle?...» No pude negarme. Soy periodista. Me interesaba conocer el secreto de aquel hombre nervioso. Los periodistas sufrimos la enfermedad de lo desconocido. Queremos saberlo todo... Yo le dí mi palabra de honor. Y él, entonces, me explicó: «Acabo de arrojar una bomba al rey Alfonso. Como he leído lo que usted escribió sobre Angiolillo, pensé que usted no me delataría... Su palabra de honor ha de salvarme...» Quedé asombrado. Frío. La emoción hacíame dar diente con diente. Estaba en presencia de un criminal á quien yo había jurado ¡por mi honor! no delatar... ¿Qué hacer? ¡Pues hacer lo que hice!... Ahora pienso: ¿Cuándo saldré de aquí? Tal vez nunca... El rey no se opone á mi libertad. Al contrario. Quien se opone es el clero... ¡Pero pueden tenerme

encarcelado! Escribo desde la cárcel. Publicaré un libro titulado: «Cuadros de la miseria». Nadie podrá detener el vuelo de mis golondrinas. Escribo. Lucho... Mis ideas se filtran á través de las rejas. Lo único que me enloquece es no poder abrazar á mi hija. ¡Pobrecita! Tengo que verla de lejos, á un metro de distancia. Dos gruesas rejillas nos separan. No puedo ni siquiera darla un beso...»

Y al decir esto, la boca del anciano se abre sobre la blanca barba en una mueca triste. La enorme cicatriz que le divide el labio superior se abre como una llaga. Parece que el infeliz sonríe. Pero no sonríe. Es que llora...

Juan José
SOIZA REILLY.

Toledo, mayo 31/1907.